

fice rehusó aceptar, no por soberbia, sino por un efecto de humildad apostólica. El Soberano musulman supo estimar el desprendimiento generoso del Jefe de la Iglesia católica, y cuando estuvo en su país, hizo merecidos elogios del Sr. Pio IX.

Es un hecho, pues, que algunos soberanos temporales, aunque no eran católicos, guardaron consideraciones á la Santa Sede, y muy distinguidos respetos á la persona del Padre Santo. Actualmente algunas naciones, aunque han reconocido el gobierno de Víctor Manuel y de su sucesor, no han creído degradarse mandando sus representantes cerca de la Santa Sede, representantes que han sabido estimar el alto rango de los Sumos Pontífices. México hace tiempo que no tiene un representante cerca de la Santa Sede. La República nada perdería imitando á otros pueblos que, aunque no son católicos, tienen sus representantes inmediatos al Papa.

CONCLUSION.

En las primeras páginas de este opúsculo, su autor dijo que, si en lo que escribía se contenía algun error, era involuntario, y por tanto lo retractaba. Ahora repite la misma protesta, y repite tambien lo que dijo en el prólogo, á saber, que cuanto escribía quedaba sujeto á exámen y censura de los Illmos. Sres. Obispos, á quienes reconoce y respeta como jueces competentes en materias de Fé.

En cuanto á los otros defectos gramaticales ó ideológicos que el opúsculo tenga, y que los sabios y literatos encuentren, á ellos suplica tengan la bondad de indicarle aquellos defectos, para que los corrija inmediatamente, y conforme á las indicaciones que se le hagan.

El autor advierte, además, que en la obra del Sr. Bouvet, de la cual se ha ocupado, le pareció podía refutar aquellos lugares que ya quedan copiados; pero la obra del ilustrado autor contiene aún otras

varias proposiciones que, sometidas á censura teológica, merecerian una dura, pero justa calificacion. Por ejemplo, en la página setenta y tres, párrafo primero, el Sr. Bouvet dice: "La revolucion francesa de mil setecientos noventa y tres, fué un reflejo del foco cristiano." Dejamos á los hombres de recto corazon, á los amigos de la humanidad, que juzguen si debe llamarse reflejo del foco cristiano una revolucion que llenó de luto y desolacion á la culta Francia. La Filosofia cristiana reprobó, en términos enérgicos, aquel derramamiento de sangre humana. La Francia de hoy querria borrar de su historia aquellos escándalos, anatematizados por el Evangelio.

El Sr. Bouvet, en la página ciento tres, párrafo segundo, hace una injuria á los católicos, diciendo: "La sociedad cristiana de los primeros tiempos, era poco ilustrada." Nos parece difícil que el Sr. Bouvet ignore que, en los primeros tiempos, florecieron en la Iglesia católica hombres como San Justino, Dionisio Areopagita, Orígenes, Tertuliano y algunos otros cuyos escritos apologéticos han llegado hasta nosotros. No hace honor á un literato negar la evidencia de la historia. Alguien pudiera creer que el Sr. Bouvet la ignoraba; pero nosotros pensamos que la desatendió, porque así convenia á su intento.

Concluiremos, protestando á los Sres. Bouvet y Gonzalez nuestros respetos, pues aunque dichos se-

ñores son protestantes, y nosotros profesamos la Religion Católica, Apostólica, Romana, esto no impide que cumplamos las leyes de la caridad, que nos obligan para con todos los hombres, sean cuales fueren sus creencias religiosas.

Concluido este último capítulo, esperamos las observaciones que se nos hagan respecto del presente opúsculo.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Advertencia	5
Prólogo,	9
La Confesion Auricular.	13
El Celibato Eclesiástico.	53
El Sumo Pontífice,	63
Discordia y Division.	69
El Progreco	73
El Clero Católico vindicado.	93
El Clero y el voto público.	99
Oportuna observacion	105
Conclusion.	109

00